



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

LIPADA

Laboratorio de Investigación sobre fondos documentales del proyecto de Arquitectura, Diseño y Artes del Ecuador en el Siglo XX

Cita bibliográfica:

La galería (1997). Di Capua, Constanza (Carpeta). LIPADA – Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito, EC.

Resumen:

Costanza Di Capua nació en Roma pero desde 1957 hizo su vida en Ecuador. Estudió Historia de la Filosofía, Historia del Arte entre otros ámbitos. En 1965 realizó la investigación Guía y recuerdo de Quito Colonial. Colaboró por muchos años con el Museo del Banco Central del Ecuador en el área de Arqueología y Arte Colonial.

La carpeta "Di Capua, Constanza" contiene recortes de prensa que hablan de la muerte de Alberto Di Capua, su esposo. Destaca el artículo Costanza Di Capua: La vida merece ser vivida que habla sobre su trayectoria.



WARNING: This document is protected by copyright. All rights reserved. Reproduction or downloading for personal use or inclusion of any portion of this document in another work intended for commercial purpose will require permission from the copyright owner(s).

ADVERTENCIA: Este documento está protegido bajo la ley de derechos de autor. Se reservan todos los derechos. Su reproducción o descarga para uso personal o la inclusión de cualquier parte de este documento en otra obra con propósitos comerciales requerirá permiso de quien(es) detenta(n) dichos derechos.

COSTANZA DI CAPUA: La vida merece ser vivida

Modesto Ponce M.

La casa de los Di Capua es la casa de siempre, en una calle del barrio La Mariscal, de las pocas que conserva todavía una hilera de árboles en las aceras. La misma desde hace sesenta años, cuando el matrimonio de Alberto y Costanza buscaron su primer hogar en el Ecuador.

Hace sesenta años el barrio se llamaba Bolívar, la zona tenía algunas quebradas y muchos bosques alrededor. Al conjunto de ese tipo de viviendas se lo conocía como "las casas rojas o El Pulguero".

En el pequeño vestíbulo de ingreso se ven un gran baúl comprado a un indígena y dos sillones de cuero, hermosos de tan viejos y gastados. "Fue lo primero que compramos", dijo Costanza.

Dentro de casa el tiempo se suspende y el ruido desaparece. Una grada de madera que sube al segundo piso, una salita pequeña, un arco que la divide del comedor. En las paredes cuadros, pinturas, grabados, recuerdos del ingeniero Alberto Di Capua, fallecido hace pocos años, algunas fotografías. Toda una vida. Dos vidas, en realidad: "no soy la viuda de Alberto, soy su esposa", dijo Costanza en algún momento de la conversación.



Dueña de una memoria asombrosa que recuerda fechas, hechos y nombres con total precisión, y de una vitalidad y talento extraordinarios, Costanza Di Capua, menuda de cuerpo y con una alma grande, pronto cumplirá ochenta y siete años. Parece haber sido hecha para vivir siempre.

Una historia de amor

Cuando se le preguntó qué haría si volviese a nacer, contestó sin dudar: "Haría lo mismo y me volvería a casar con Alberto".

Confesó que "al ingeniero Di Capua —como a veces gusta nombrarlo— lo conocí apenas, lo había visto pocas veces y no éramos ni amigos". Pero cuando él, de origen judío, tuvo

que dejar Italia para venir al Ecuador en 1939, a los treinta y cinco años, huyendo de la guerra, sin trabajo ni pasaporte ni dinero, con "veinticinco dólares en el bolsillo", se escribieron unas pocas cartas y descubrieron que "eran el uno para el otro".

En la carta en que la pedía en matrimonio Alberto Di Capua comenzó a tratarla de usted y terminó usando el tú. Se casaron por poder y luego Costanza vino al Ecuador. "En medio de la catástrofe que estaba pasando por Europa y los campos de concentración, había que dar un sí a la vida, un sí a los hijos que vendrán, confirmar que la vida es bella, como una forma de salvar la integridad del ser humano".

Costanza es de Roma mientras Alberto es de Como. Curiosamente, su apellido también es Di Capua, aunque no son parientes. Los recuerdos y las referencias a todo lo que fue e hizo el doctor Di Capua en su vida fueron constantes en la conversación. Un doctor Di Capua profundamente humano, desprendido; un servidor de la comunidad que un día había manifestado "trabajo para que los demás puedan trabajar", no para hacer dinero ni obtener poder.

Recordó que él promovió el décimo tercer sueldo, organizó una red

de casas-cunas y estableció sistemas de gran beneficio social en la empresa, inusuales para la época y las tendencias en ciertos medios, a veces excesivamente reticentes, cuando se trata de conceder ventajas a los trabajadores.

Abrió, entonces, un álbum de fotografías, recortes, cartas y reportajes acerca de la vida y las conquistas sociales de quien fue —o es— su marido. Matrimonios hay que ni la muerte los separa. “El doctor Di Capua no tuvo miedo a los sindicatos y él mismo apoyó en 1944 la organización del primer sindicato en el Ecuador (...) y nunca tuvo una huelga”.

Costanza Di Capua tiene tres hijos, una mujer con título de economista que vive en EE.UU., y dos hombres, un experto en física que vive también en EE.UU. y otro que estudió marketing.

La vida en Quito

“Mi vida de mujer completa la he hecho en el Ecuador”. Muy sencillamente comentó que, en los primeros años, “me ocupé de cocinar, ver las cosas de la casa y educar a los hijos”, pero con su marido mantuvieron siempre un vivo interés por la cultura, las manifestaciones artísticas y especialmente la música.

Costanza Di Capua se apasionó por la arqueología e hizo contacto con Emilio Estrada. También estudió el arte colonial, al cual consideró en cierto modo “repetitivo”, de modo que la inclinación por la arqueología se impuso aún más. Es una gran conocedora de la cultura Valdivia.

En 1966, cuando Guillermo Pérez era gerente del Banco Central, intervino en la junta directiva y vio “nacer poco a poco la colección del Museo del Banco Central”. La ruta de su vida cambió y se puso a estudiar seriamente, hasta que comprendió que “para estudiar arqueología es indispensable estudiar también antropología”.



“En medio de la catástrofe que estaba pasando por Europa y los campos de concentración, había que dar un sí a la vida, un sí a los hijos que vendrán, confirmar que la vida es bella, como una forma de salvar la integridad del ser humano”.

Ella piensa que las manifestaciones “iconográficas de la cultura ecuatoriana hay que verlas, más que desde un punto de vista estético, como una forma de transmitir un mensaje”, estilos de vida, costumbres, cosmovisiones, cultos, simbologías. Muchas revistas, inclusive internacionales, han publicado sus monografías.

Las culturas ancestrales

Es de esperar que Costanza Di Capua recoja en un solo volumen todos sus estudios, como los escritos sobre las cabezas-trofeos, los sellos, sobre miscelánea antropológica, el shamán y el jaguar, entre otros, y pueda terminar uno que tiene pendiente sobre el uso de alucinógenos

por parte de nuestros pueblos selváticos en sus ritos y usos (que no son pueblos salvajes, señaló).

Ella cree que en los grupos humanos que aún se mantienen puros en algunas zonas del país, existen personas con capacidades y sensibilidad especiales y suficientes para “descubrir qué sucede en las personas, donde hay amor u odio”. Son los shamanes. Relato la simbología y el sentido de las figuras del shamán y del jaguar.

Últimamente ha regresado al arte colonial y tiene un estudio sobre las razones de la creación de la Virgen de Quito y aspira a terminar otro sobre “los figurines de la cultura Valdivia”, pero siempre, según dijo, dentro de la “armazón antropológica”. En las cosas artísticas y religiosas, hay que buscar “los símbolos y los mensajes que hay debajo”.

El arte colonial y otros temas

Expresamente se le preguntó por qué considera repetitivo al arte colonial ecuatoriano. Dijo que existieron ciertos “moldes” que vinieron de España y de Italia, pero, en cambio, la creatividad de este arte se encuentra, como un factor típicamente ecuatoriano, en el “movimiento” de las figuras, la sensación de movilidad que no existe en Perú o en México.

Esta característica, muy propia del ecuatoriano, se halla también, según dijo, “en la forma de arreglar las flores”, por ejemplo. Tal vez, en el fondo, explicó Costanza, esa gran creatividad de la gente de nuestro país contribuya para que la gente sea más “serena, menos agresiva y más pacífica”. Desde Cieza de León —recordó— se reconoció en el hombre ecuatoriano esta cualidad.

La explicación que dio es extremadamente interesante. Dijo que en Colombia, por ejemplo, los pisos ecológicos están marcadamente divididos entre unos que producen

una vez al año y otros dos y tres, mientras que en el Ecuador la tierra y sus ciclos son más generosos y han impedido, en buen romance, buscar las tierras más productivas del vecino.

Cuando se le consultó sobre las posibilidades de que este país salga del abismo en que se halla, recordó un dicho latino: "concordia parva crescunt, discordia maxima destrunt": con la concordia las cosas pequeñas crecen; con la discordia las cosas grandes se destruyen. ¿Hace falta mayor claridad?

La pasión por la música

Costanza Di Capua recibió clases de piano desde muy chica y vivió en un ambiente musical, especialmente por las aficiones de su madre, "pero no soy una artista, porque mis manos no valen y quizá tenga demasiada lógica adentro de mi cerebro". Confesó que es capaz de leer música con facilidad.

Declaró, riendo, que a pesar de muchos años dedicados de piano, "tuve muy poco éxito". En la Universidad de Roma estudió Historia de la Música. Se remontó a obras de los siglos XII y XIII y reconoció tener una memoria musical extraordinaria, que "me ha permitido reconocer a los grandes autores a través de los primeros acordes".

Desde las primeras épocas, en que sus primos le enviaron algunos discos desde Italia, formó un grupo que se reunía exclusivamente para escuchar sinfonías, conciertos, cuartetos. El recuerdo de esa época la llenó de emoción.

La conversación sobre la música se alargó más de lo previsto. Habló mucho sobre la Sinfonía No. 7 de Beethoven y su riqueza temática, sobre alguna de las sinfonías de Mahler y de una obra de Bruckner. En algún momento, al hablar justamente del segundo movimiento de la sinfo-



«Al hablar sobre el país, recordó un dicho latino: "concordia parva crescunt, discordia maxima destrunt": con la concordia las cosas pequeñas crecen; con la discordia las cosas grandes se destruyen».



nía N. 7, su rostro se ensombreció. "Ese movimiento no puedo desligar de la imagen de mi hermana que estuvo bastante enferma y murió todavía joven, sin disponer de tiempo para tener todo lo que yo he tenido en la vida", dijo.

Costanza es segura asistente a los conciertos que se presentan en Quito, antes con su marido y hoy sola. Ha sido vocal de la Sociedad Filarmónica de Quito y, con otras personas amantes de la música, mantiene reuniones mensuales destinadas a escuchar y ver, a través del video, a los grandes de la música universal y a sus intérpretes.

Su secreto

Cuando que le pidió que revelara el secreto de su lucidez mental y, sobre todo, de su transparencia espiritual, de su vitalidad y firmeza, contestó sin dudar: "El amor, haber sabido integrarme a todo lo que me rodea. Cuando me encuentro frente a una obra de arte que vale la pena, y a pesar de que he perdido mucho la vista, yo siento que esa obra es buena". Hay, por tanto, una sensibilidad que, junto a la inteligencia, se mantiene viva y latente en todo momento.

Al recordar la muerte de Alberto Di Capua, cambió de rostro, recordó el día que "lo sepultamos para siempre", bajó la cabeza y calló por varios segundos. "Hay tiempo de vivir y hay tiempo de morir; hay tiempo de hacer y hay tiempo de aceptar".

Reveló que "se ha pasado la vida diciendo que no es 'Constanza', como todos la llaman, sino 'Costanza', con una sola ene. "Es que yo soy constancia de nombre y de hecho", dijo riéndose. También aceptó ser "un poco Vulcano", el dios del fuego, que es también el más industrioso de todos los dioses. ♦

de Alberto Di Capua, el fundador de laboratorios LIFE

Ha caído un roble

■ "Gracias a su amabilidad y comprensión, he logrado borrar de mi vocabulario la palabra exilio y transformarla en la palabra Patria."

Por Alfonso Ortiz Crespo
Especial para HOY

A caba de fallacer en Quito un hombre extraordinario: Alberto Di Capua, químico italiano quien por persecución fascista a los judíos llegó a estas tierras, curiosamente un 12 de octubre de hace casi 60 años, en compañía de un grupo de científicos y técnicos italianos que venían a desarrollar uno de los proyectos industriales más fascinantes e importantes que ha tenido el país: los Laboratorios Industriales Farmacéuticos Ecuatorianos, mejor conocidos como LIFE.

Estos laboratorios tuvieron su origen en 1937, época extremadamente difícil por la II Segunda Guerra Mundial, gracias a la iniciativa del ilustre médico Pablo Arturo Suárez ante el Directorio de la Junta Central de la Asistencia Pública. Su talento y perseverancia, así como el eficaz apoyo del Dr. Gregorio Ormazábal, Presidente de la Junta, llevaron a buscar sustituir las costosas y difíciles importaciones de medicamentos con una industria farmacéutica y serológica local, para contrarrestar la escasez de medicamentos importados, atender a las casas asistenciales estatales y promover el establecimiento de boticas populares.

Entre los propósitos del Dr. Suárez estaba el formar técnicos nacionales en la química-farmacología, establecer laboratorios, centralizar los análisis y difundirlos, así como utilizar y sintetizar materias primas locales.

Para esto se adquirieron equipos de Alemania y se contrató al Dr. Tiestz, farmacéutico berlinés, quien a mediados de 1938 ya se encontraba en Quito supervisando la construcción de los edificios junto al hospital Eugenio Espejo e instalando los equipos.

Como hacía falta un bacteriólogo, se lo buscó en Italia, interesándose el Dr. Aldo Muggis, profesor de la U. de Turín, quien a su vez se puso

en contacto con el Dr. Carlos Alberto Ottolenghi y se organizó un grupo más numeroso de científicos y técnicos italianos de origen hebreo, quienes veían esta oportunidad como providencial, pues la persecución racial que se había desatado con el fascismo había llegado a situaciones intolerables.

A más de sus conocimientos, el grupo contaba con algunos recursos económicos, lo que les permitiría invertir en actividades productivas en el nuevo país.

Un químico experto

En el grupo se encontraba el doctor Alberto Di Capua, nacido en la ciudad de Como, en el año 1905, quien era un experto y experimentado químico.

En 1938 viajó a París como representante del Ministerio del Aire de Italia a una reunión, en la cual le vaticinaron que después de seis meses no podría vivir en Italia. Descartó la idea, tanto él como los directivos de la sociedad para la que trabajaba. Pero las presiones de Hitler sobre Mussolini no tuvieron límites: en enero de 1939 la policía fascista le retiró el pasaporte y el 15 de mayo del mismo año un Decreto Ley del gobierno italiano le hacía perder el puesto por su origen hebreo.

El decreto fascista quitaba la ciudadanía a los judíos italianos y por lo tanto les quitaba los derechos civiles y la posibilidad de ocupar puestos importantes en la industria, ni ser profesores, ni directivos.

Cosas de la vida

En esta situación es que el doctor Di Capua se vinculó con el grupo de Turín que hacía planes para venir a Ecuador. Como se señaló, debido a que el grupo estaba en condiciones de realizar inversiones en el Ecuador, una vez



Alberto Di Capua junto a su esposa. El doctor se destacó por su rigurosidad científica. En 1971 se retiró de la gerencia y ocupó desde entonces la vicepresidencia vitalicia

instalado en Quito y conocida la situación de los laboratorios de la Asistencia Pública, propusieron la creación de una sociedad para su desarrollo, estableciéndose el 22 de junio de 1940 la compañía anónima LIFE.

Sin embargo, las instalaciones existentes eran mínimas y los equipos y maquinarias

elementales, por lo que había que programar nuevas adquisiciones de maquinarias, envases, materias primas, etc., para producir los medicamentos, vacunas, sueros inyectables para atender a la población ecuatoriana frente a sus particulares enfermedades.

El doctor Di Capua siempre

estuvo a cargo de la producción de los laboratorios, dedicándose por su rigurosidad científica, su extraordinario ingenio y su sentido de justicia. Después de ocupar por largo tiempo la Gerencia de la población ecuatoriana, en 1971, ocupando desde entonces la vicepresidencia vitalicia.

Fanático del estudio

Di Capua también tuvo gran interés en estudiar y dar a conocer los aportes científicos de algunos de sus compatriotas italianos durante la colonia.

Investigó los viajes de Girolamo Benzoni, los trabajos de Felice Fontana, el primer italiano que estudió el curare de una muestra que Pedro Vicente Maldonado había llevado a Londres en 1746, cuando acompañó a La Condamine y los libros de Alejandro Melospina, quien estuvo fundado en Guayaquil a fines del siglo XVII y mandó a reconocer el Chimborazo y Tungurahua por el naturalista Finde y las montañas de Taura, por el naturalista checo Henke.

Por último, quisiera repetir las palabras que me dijo hace pocas semanas: "Ha sido toda esta vida mía, que me ha sostenido durante 50 años viviendo intensamente una vida espiritual, cuando todos decían que en el Ecuador no hay como. Tanto yo como Costanzina, hemos vivido intensamente la vida espiritual del Ecuador con la herencia transmitida y go hemos transformado al Ecuador, ni en plataforma de lanzamiento ni plataforma financiera, hemos mantenido una vida de absoluta plenitud espiritual."

En esa ocasión, también recordo las palabras que pronunció con motivo de la celebración de sus 90 años: "Gracias a la amabilidad y a la comprensión de todos ustedes, he logrado borrar de mi vocabulario la palabra exilio y transformarla en la palabra Patria."



Di Capua siempre estuvo a cargo de la producción de los laboratorios, destacándose por su sentido de justicia

CORTOS

■ En 1927, Alberto Di Capua había obtenido el título de doctor en química general (Summa cum laude) en la Universidad de Pavia y posteriormente, en el mismo año, la de Químico Industrial, en la Universidad de Pisa.

■ Durante sus años universitarios fue asistente voluntario en la cátedra de Química de Materias Colorantes y asistente en la cátedra de química orgánica del Politécnico de Milán.

■ Su actividad profesional estuvo ligada a la industria química pesada: entre 1927 y 1928 fue dirigente químico de la sociedad anónima Distillerie Italiane, primero como subdirector de la planta de Savona donde se producía acetona y alcohol butílico y, posteriormente, como Director de Investigaciones.

■ Entre 1935 y 1939, fue

director químico de la Sociedad Aeronáutica Italiana, empresa estatal que fabricaba aviones y productos relacionados con esta industria. Había proyectado y construido las plantas para producción de alcohol absoluto carburante y de aceite de hígado de bacalao de Reggio Emilia, de la cual fue director, y proyectó también las plantas de producción de aceite de hígado.

Obituario • Un investigador y un amante del arte Cuando 'química' se escribe en italiano...

Alberto Di Capua, uno de los fundadores italianos de los laboratorios Life, falleció hace dos semanas. Una vida rica en trabajo fue su característica.

María Fernanda Cedeño
PARA EL COMERCIO

Cuando Alberto Di Capua llegó al Ecuador - un 12 de octubre de 1939 - lo hizo por obligación. Este italiano, de origen hebreo, tuvo que salir en veloz carrera de su tierra porque la persecución racial hacia los judíos, al mando de Benito Mussolini, se volvió insoportable.

Así, más bien por casualidad, fue como llegó a estos parajes. Se puede decir que hasta allí se dejó llevar por el destino. El resto lo hizo él, con sus manos grandes y su carácter fuerte, templado. Fue uno de los fundadores de los Laboratorios Industriales Farmacéuticos Ecuatorianos (Life), dirigió la Cámara de Industriales de Pichincha, representó al Ecuador en la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (Alalce), participó en la Corporación Financiera Ecuatoriana (Cofiec), fue uno de los primeros accionistas de Ecasa y el primer profesor de Química de la Escuela de Enfermería.

El 15 de diciembre "cerró los ojos", como diría su esposa Constanza (84 años), una mujer pequeña, con una memoria y una dulzura gigantes. La palabra muerte no se pronuncia en la casa de la Juan Rodríguez 138 (sector La Mariscal). Allí, como la costumbre hebrea dicta, se han quitado los cuadros donde se podría reflejar su alma.

Sin embargo, las obras de la vieja escuela quiteña se dejan ver.

El estudio -donde pasaba horas enteras leyendo o escuchando a Scarlatti, Mozart o Beethoven permanece intacto: lleno de libros históricos y científicos, nada de novelas, ni de cuentos.

Una escalera en forma de caracol, por donde sube implacable una enredadera, conecta la habitación con otro "sitio mágico", como lo llama su nieto mayor Eduardo Kohn -que se ha convertido en un buen explorador de los vericuetos de los abuelos-: es el lugar de trabajo de Constanza. Lleno de piezas arqueológicas, perfectamente ordenadas con numeritos de papel, guarda un olor a piedra, madera y libros antiguos.

Desde allí Constanza solía bajar -lo más rápido que podía- cuando Alberto ya se cansaba de estudiar y le llamaba en voz alta: "mamma...!".

Un amante de la milanesa y el cebiche, no fue un tipo aventurero, dice Constanza. Le gustaba pisar firme, mirar firme y hablar firme. Tanto que sus empleados solían decir: "el doctor es bravo". Pero bravo y todo hizo de Life un modelo de transformaciones sociales: instituyó el escalafón, las vacaciones infantiles, el décimo



LA HISTORIA EN LIFE • Fundó la compañía el 22 de junio de 1940. Fue gerente hasta el 24 de febrero de 1971 y luego se desempeñó como vicepresidente vitalicio.

tercer sueldo, que luego se convirtió en ley de la República. Esta fue una costumbre importada de Italia, donde siempre se pagaba a los empleados una bonificación por Navidad, la cesantía privada, creó la primera casa cura... "Era un socialista sin serlo", dice Constanza. Su lema fue: "Hay que trabajar para que el resto trabaje". Y en eso fue implacable. Así como en todo lo que abarca la disciplina. "El desperdicio, el hacer mal las cosas, le sacaban de casillas", dice Jaime Monje, el empleado más antiguo de Life y secretario general del sindicato durante 30 años. "A pesar de las diferencias que teníamos fue un hombre comprensivo, dinámico y muy sensible. Jamás negó ayuda a quien se lo pidiese".

Cuando la rabia lo invadía, solía gritar, recuerda. "Era un hombre temperamental".

Monje guarda para él respeto y admiración. "Los trabajadores percibíamos en él un gran deseo de sacar adelante el país y por eso le estimábamos".

HOJA DE VIDA

El origen • Nació en Como Italia, en 1905. Llegó al Ecuador el 12 de octubre de 1939.

Primero, la química • Se doctoró, como químico general, en la Universidad de Pavia. Fue becario en el Instituto Ghislieri fundado por el Papa Pío V. Luego, obtuvo su título de químico industrial, en la Universidad de Pisa. Trabajó en varias destilerías de su tierra natal.

Un investigador nato • Estudió las crónicas de los viajeros italianos: Girolamo Benzoni, Pelice Fontana, Alejandro Malaspina y Festa. Además, profundizó el estudio de la Real Audiencia de Quito, la Presidencia de Quito y la República del Ecuador.

Con este criterio concuerda Héctor Enriquez, gerente técnico de la farmacéutica. "Un hombre emprendedor, que exigía mucho trabajo, pero, al mismo tiempo, desbordaba dedicación".

Cuando fue vicepresidente vitalicio -el último cargo que ocupó- siempre estuvo pendiente de los avances de la compañía, dice.

La investigación fue una de sus pasiones. Explorar, conocer, intentar descifrar los secretos de la naturaleza ocupaban un buen espacio de su mente.

Otro estaba reservado para Constanza, para sus tres hijos, para sus ocho nietos, para los empleados de Life, para impulsar a gente que consideraba con talento, como Oswaldo Guayasamín o Bolívar Mena Franco. Hoy, algunos de sus cuadros adornan las paredes de la casa.

Cuentan sus hijos que para probar su memoria solía rezar en hebreo, recitar en latín, decir versos de Dante y repasar las partituras de alguna ópera. "Su memoria visual era increíble", dice Ana Rosa, la hija mayor.

Marco, el segundo, dice: "yo lo quería, lo respetaba y lo temía (un poco por lo menos)".

La imagen que guarda su nieto Eduardo de su nonno (abuelo en italiano) es la de un hombre grande, con la piel oscura, vestido con un terno gris, de cuyo bolsillo colgaba una cadenita plateada que amarraba una cámara Minox.

Le gustaba jugar tenis y golf. Este último deporte solo lo interrumpió cuando fue intervenido quirúrgicamente del corazón a los 82 años. Luego, vinieron más complicaciones hasta que "cerró los ojos".

Daniela, una de sus nietas, le escribió una carta de despedida. Algunas líneas dicen: "...algo que nunca podré olvidar es que tú me enseñaste el verdadero valor de la ternura...". Sentimiento que se expresó hasta el último minuto. Di Capua donó sus marcapasos al proyecto de banco de marcapasos del Club Rotario de Quito.